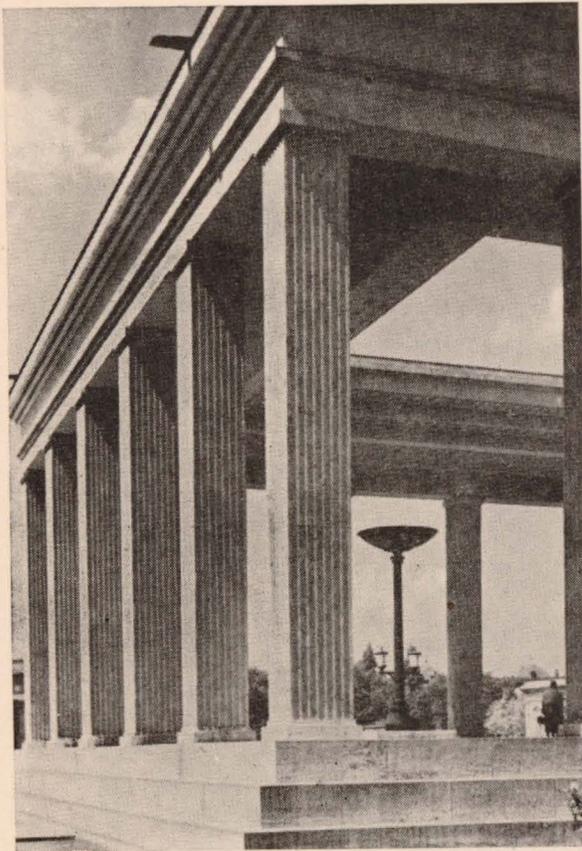




*El "Zeppelinfeld", en la explanada de los Congresos del Partido Nacionalsocialista, en Nuremberg: parte anterior de las tribunas. Arquitecto, Albert Speer. Abajo: Los templetes de honor en la Plaza Real de Munich. Arquitecto, Paul Ludwig Troost.*



por un mismo espíritu, pero desde las distintas graduaciones de lo trascendente —usando esta palabra en el sentido que le da Goethe—, deben estar dispuestos a aportar una nueva idea a las formas constructivas hasta en las más mínimas ramificaciones de la existencia común? Si a esto lo llamásemos de antemano el “pueblo”, nos asaltaría cierta dificultad, pues el pueblo no puede existir sin una ordenación, sin aquella fuerza de configuración autoritaria, tan emparentada con la arquitectura misma. Aun más dificultoso nos sería el servirnos de un concepto como el de “sociedad”, el cual jugó un papel tan preponderante entre los filósofos del siglo XIX, y con el que los filósofos de hoy están poco familiarizados. Sin embargo, él figura entre los rasgos fundamentales de la nueva época estilística alemana, a pesar de que en un comienzo, tal como era entonces este viejo concepto de sociedad impregnado de horror a la autoridad y desconfianza en la política, cayera completamente desvalorizado. La concatenación de causas es desconocida en esta simultaneidad de los fenómenos. La “sociedad” había dejado de existir, y la debilitación de todas las relaciones, que quizás en cierto momento ella supo contener, había dejado tras de sí un caos de formas sin igual en la arquitectura, como en las demás artes. Por eso nos alzamos nosotros, lo mismo en la política que en el arte, ante el problema de la “atomización de las masas”, que cada día se manifestaba como más amenazador, no sólo por carecer de forma, sino incluso por ser enemigo de toda forma. Esto no era un problema únicamente alemán, y quizás el análisis más penetrante de esa “rebelión de las masas” lo ha suministrado precisamente un filósofo español. Pero esta crisis